

elementos de producción crítica  
narración

## *La mujer (negra) que fue (hombre) blanca*

Matías Escalera Cordero

### I

Ella era baiana (así lo indicaba la leyenda: *Baiana, anónimo del siglo diecinueve. Museo Guggenheim de Nueva York...*) Ahora bien, ¿era una auténtica baiana? (¿lo era en el momento exacto del retrato?) ¿Mantenia aún ese apego y goce natural de la vida y del amor que caracteriza a los auténticos habitantes de Baía, o -como ella misma, que ahora la miraba avergonzada y arrepentida de su traición- no sería ella acaso también (ya) un fantoche -a pesar de todas las apariencias de realidad-, una esclava disfrazada, un ser sin identidad, al que habían vaciado el alma y el cuerpo...?

(¿desde siempre había sido así...?) El *libre y espontáneo gozo de las cosas* -eso decía el catálogo- había sido, desde antiguo, una señal *inequívoca* que los había identificado y separado del resto del mundo... (¿cómo podía ser? Señalados sin remedio por la alegría...) Pero si de verdad era así, si el júbilo y el alborozo de sentirse vivos era como el aro de cobre o la marca de fuego de los antiguos esclavos, de dónde le venía entonces ese triste y resignado vencimiento de su gesto... (no se tendría ya a sí misma -disfrazada de ellos: como ella- por una simple traidora?) Si te fijabas bien, había algo como de cartón piedra en aquella figura, como de sombra fría, sin resto alguno de todo ese *fuego carnal* que debía consumir -se suponía- a los habitantes de Baía... (eso era evidente)



Era sobre todo en su forma de mirar fuera del cuadro (a lo que los artistas sitúan más acá o más allá de la escena, lo que no se ve, pero sí se percibe: el vacío, el horror de la batalla, el tedio insoportable del festejo galante del cual se forma parte, el observador casual de la escena representada, el artista en el acto mismo de su composición, la estancia desocupada y solitaria de un antiguo caserón colonial portugués, etcétera, etcétera... Todo aquello que nos permite comprender mejor la esencia de lo que vemos), y en la corvadura de sus hombros caídos, donde mejor se traslucía ese rastro de abatida y terca humillación...

Un abatimiento semejante al suyo mientras deambulaba por las aceras, mientras se miraba al espejo de la toilette ("servicio de damas": rezaba el cartel encima de la jabonera, y se le había escapado una mueca) o mientras cruzaba el patio acristalado del viejo palacio... (en realidad, eran una tristeza y una humillación imposibles de disimular: ¿Qué mujer podría disimularlas, después de lo que ellas habían hecho?)

¿Cómo había ocurrido? (¿por qué se había convertido -como ella- en uno de ellos?) Eso era precisamente lo que se había estado preguntando todo el rato, mientras aquel tipo babeaba y jadeaba como un perro sobre ella, azotándola y penetrándola (ni siquiera le había mirado a los ojos: se daba cuenta también ahora) La penetraba,

como los otros, sin el menor atisbo de verdadero placer, sin rastro alguno de esa indescriptible (suponía) vibración del alma que debía caracterizar a los seres auténticamente vivos (una conmoción del alma y del cuerpo que ella, la mujer baiana -antes de hacerse blanca del todo- debió conocer)

Todo (seguramente) había comenzado con el deseo irreprimible que atormenta a todos los seres, de una posesión perfecta y absoluta; en realidad, una perfecta *ilusión* (la *falsa percepción de un objeto*, asociada a la *consiguiente esperanza de obtenerlo sin fundamento real*) Todo había comenzado con una *ilusión* (a la postre, un deseo irreprimible de lo indeseable) y con una *certeza iluminadora* (de hecho, un conocido y antiquísimo “engañío a los ojos”): tenía que hacerse como ellos, si quería parecerse a ellos (tenía que quedarse entre ellos y medrar, como medran las colonias de medusas en las ensenadas calientes y apestosas) No había otro remedio que dejar de ser negra (una negra baiana / o una mujer: era lo mismo) y convertirse en una (uno) de ellos, en una mujer (en un hombre) blanca.

El resto se lo podía imaginar perfectamente (a ella, le había sucedido); a partir de ese instante (un punto fatal e indeterminado en que dejas de ser tú, para ser otro, uno de ellos) tendría que vivir, que comportarse, que respirar, que jadear (como sus atletas en el estadio) Disimular el tedio y el hastío de sus vidas, como una (uno) de ellos... Era como si lo viese todo, la miraba (miraba su imagen, como antes había mirado la suya en el espejo) y -a través de ella- se veía a sí misma y lo veía todo, presenciaba la triste secuencia de lo sucedido... Un día (el día que decidió ser como ellos), se vistió como una mujer (como un hombre) blanca, con sus vestimentas lánguidas y oscuras; debía abandonar (dijeron) el gusto natural de las mujeres baianas por los colores vivos y alegres... Se enfundó unos guantes blancos de gamuza satinada y exhibió finos brazaletes de oro (como los de los amos), y pendientes, y collares de esféricas y perfectas perlas nacaradas; se alisó con tenazas los cabellos encrespados y los afianzó con diademas de plata... El escote era (ya) el escote de una blanca, su pañuelo (quizás de percal bordado con encajes) y su forma de sentarse eran (ya no cabía la menor duda) el pañuelo y la forma de sentarse de (un hombre) una blanca...

Luego vendría lo demás, renunciaría al placer.

Se haría una gimnasta del sexo (follaría por follar, pero sin verdadera pasión, con disposición medio displicente y como ofendida por el contacto y la necesidad del otro: repara, una vez más, en su mirada, en el arco de su espalda, en su gesto de inequívoca vencida tristeza, y sacude imperceptiblemente -con un asomo aún de rabia- la cabeza) Entre ellos -pronto habría caído en la cuenta- preponderaba un sexo polar y contorsionista, como de competición deportiva; y a los que miraban (que eran casi todos, pues casi todos se dedican finalmente -sólo- a mirar y a grabarlo todo: parecía que sólo así se aseguraban de haberlo hecho, tenían que verlo en imágenes para cerciorarse de lo sucedido) únicamente les interesaba la penetración y el jadeo gesticulante de su *correspondante*, pero sólo como mera prueba del éxito -del triunfo- alcanzado, de la pieza -una más- capturada (entonces dejarían de interesarse por ella y seguirían tan campantes hablando de sus negocios: eran tristes y patéticos en medio de todo su poder, eso no había cambiado) Luego, con la rutina y el cansancio, vendría el castigo, la destrucción y la humillación como únicas sendas hacia un placer estéril y solitario...

Te azotarían (le dice: a esa que no es -es- ella); a ti, o a otra como tú, delante de ti, y tratarían, por todos los medios, de que no olvidases quién posee de verdad el control de la situación: lo que buscan ellos no es la satisfacción de joderse, lo que quieren es que no olvides...

Pero lo peor de todo es cuando (tú misma) caes en la tentación de humillar (la primera vez, lo haces casi sin pensar, aunque sientes un extraño placer al hacerlo) a otro (a otra) como tú, sólo para sentirte como ellos, o cuando los imitas como si fueses una mona de feria, y en realidad eres una mona de feria... Lo haces (humillar a un igual o contribuir con tu silencio a su humillación, es lo mismo) sólo para sentirte uno (una) de ellos (la vieja historia de siempre) Aceptas pensar como ellos sin darte cuenta, aceptas como el hecho más natural del mundo que una mujer (igual que tú) debe perder su puesto de trabajo simplemente por ser madre, y tú (que eres como ella) lo aceptas, y luego te das cuenta de que tú también podrías serlo, que no eres como ellos, sino como ella, y que (entonces) otra como tú aceptará que te hagan la vida imposible hasta que te vayas desquiciada, hasta que acep-

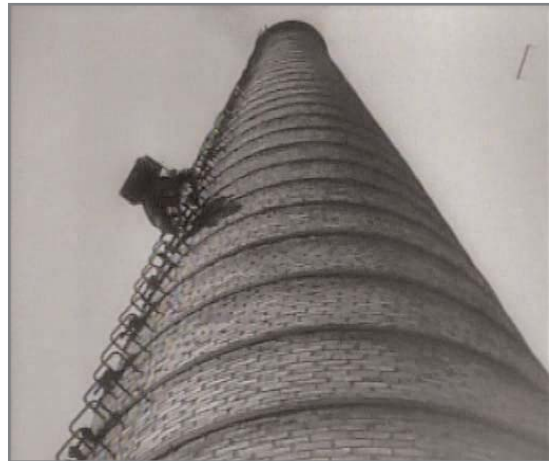
tes firmar una baja voluntaria (por el mero hecho de ser madre: material desechable) Porque tu deber para con ellos era evitar el riesgo -de todo punto inaceptable, para ellos- de una disposición (horaria, sólo horaria: habían dicho) discontinua, no garantizada -full time / a tiempo completo- y supeditada a (quién sabe cuántos: habían dicho) imponderables...

Qué tontas habían sido (las dos) Qué estúpida se sentía ella, y qué traicionera... (Qué vergüenza, dios mío, qué vergüenza: se repetía, sin consuelo...) ¡Cómo había podido llegar a decir (haber admitido siquiera que se dijera) aquello de otra mujer!... (¡qué tentador, qué fácil era convertirse en uno -una- de ellos!...)

## II

Al principio no le dio demasiada importancia; durante las interminables juntas extraordinarias del Consejo, o en medio de las agotadoras sesiones de trabajo con los técnicos, sentía ligeros escozores en la piel (en los codos y detrás de las orejas, sobre todo) y se rascaba... Sin embargo, al cabo de un tiempo (no podía calcular cuánto: seguramente a medida que se convertía en uno de ellos) ya no podía evitar rascarse siempre que hubiese ocasión (disimulando continuamente y escondiéndose para no incomodar a los otros); pero al cabo de otro poco (cuando ya era completamente como ellos: tomada por un tesón obsesivo y furibundo) empezó a rascarse de continuo, sin el menor reparo, descaradamente (incluso delante de ellos)

Lo que había empezado siendo (quizás) un ritual de limpieza, terminó convirtiéndose en un impulso incontrolable (hasta que el intenso dolor de las llagas se confundió con el insano placer de hurgarse en las pequeñas ulceraciones) Salvando las distancias, su caso se parecía al del tipo que últimamente se dedicaba a zurrarla y a jadear sobre ella... Todo se debía al *stress* acumulado y a la prolongada soledad (eso es todo, soledad e insatisfacción: le habían diagnosticado los analistas) Su obsesión por las prendas ajustadas y el color verde (más cabalmente, por los bañadores masculinos verdes y ceñidos: ella lo sabía muy bien) había llegado a tal extremo que no se conformaba sólo con el uso maniático y constante de las mismas (ni siquiera se los quitaba para jadear y babear encima de ella: de hecho, el agudísimo dolor que le provocaba la insoportable presión del bañador sobre su durísimo miembro erecto, era la parte principal del juego, además de zurrarla) También había colgado -recientemente- una página completísima sobre el asunto -...[greentightbathing.com](http://greentightbathing.com)-, a la que dedicaba el escaso tiempo libre de que disponía... (robémosle las horas al sueño y a los putos domingos: decía) Más de una vez, se había quedado dormido delante de la pantalla (a las tres o las cuatro de la madrugada), después de masturbarse contemplando el contenido de la última descarga o de los últimos archivos recibidos...



Ahora, contemplándola (a ella) vestida de blanca, se daba cuenta de que todo hubiese seguido así, los picores en los codos y detrás de las orejas, las úlceras disimuladas con geles y pomadas de maquillaje, los jadeos encima de ella, los azotes y los bañadores verdes ajustados, si aquella mujer no se hubiese quedado embarazada tan inoportunamente (¿a qué podía aspirar que fuese mejor?, ¿a cambio de qué había sacrificado su sólida posición dentro de la firma?: ahora sí lo comprendía) Todo hubiese continuado igual, si la junta extraordinaria no hubiese avalado su propio informe, en el que recomendaba la denuncia del contrato a causa del riesgo (*de todo punto inaceptable para nuestros intereses...*) de una disposición horaria (*global discontinua...*) supeditada (*en las actuales circunstancias...*) a demasiados imponderables (¿...*nuestros intereses...*?: ¿...*nuestros*, de quiénes?: ¿eran acaso suyos de verdad? Su despido no había modificado ni un ápice su ridícula posición en todo aquel absurdo entramado de lamentables y mezquinos intereses) “Disposición *global discontinua...*” ¿Cómo había

podido llegar a escribir aquello? ¿Cómo podía haberse engañado de ese modo? (¿qué había pasado con el diafragma y los espermicidas?; ¿no había calculado antes el coste de su decisión?: qué desfachatez, por su parte; cómo había llegado a eso...)

Con todo, lo más espantoso fue el silencio y la indiferencia del resto... Cuando se fue, con la bolsa debajo del brazo, nadie dijo nada, nadie le dedicó ni una mirada conmisericordiosa, ningún comentario nervioso o conmovido (que ya no contrito), era como si nunca hubiese trabajado con ellos, en realidad, como si jamás hubiese existido; ella se lo había buscado, por no haber previsto el riesgo de embarazo... (a ella tampoco nadie le dijo nada, nadie le reprochó nada, nadie notó tampoco la sangre que manaba de sus pústulas)

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando tras el asunto de los turnos de vacaciones el secretario del Consejo iba a comenzar un breve y encendido elogio acerca de la eficacia del informe, ya no pudo más, se levantó, cerró violentamente su agenda y salió sin mirar atrás, trastabillándose con lo que tenía a un lado y a otro, sin atender a las protestas del presidente y de algunos desairados consejeros, ni la (repentinamente) muda sorpresa del secretario (era como si no viese nada, ni oyese nada: la rabia y la vergüenza habían sellado sus cinco sentidos) Se dirigió al ascensor más próximo, pero decidió bajar por las escaleras de emergencias (no soportaba la espera, tenía que desaparecer, moverse, si no quería echarse a llorar como una tonta delante de ellos) Salió a la calle y se puso a caminar en dirección norte...

Al levantar la vista, vio colgado de la fachada del viejo caserón barroco un enorme cartel azul que anunciaba una exposición: *Pintura Brasileña del Siglo Diecinueve en las Colecciones Americanas: Fundación del Banco Interamericano de Negocios...* En él se reproducía la imagen de una mujer negra vestida y sentada como una mujer blanca (quizás en uno de los incontables bailes y saraos en que los dueños del asunto gastaban su tiempo); su expresión entera era como la de una máscara sombría y abatida, y le entraron de pronto unas ganas irrefrenables de contemplar de cerca, cara a cara, detenidamente, aquella figura (casi una metáfora de sí misma, en ese preciso instante)

Y (mientras la contemplaba) la comezón en los codos y de la piel de detrás de las orejas desapareció, el hormigueo se calmó y dejó de rascarse... (pero sólo momentáneamente: pues ¿quién iba a explicarse ahora; quién terminaría de pagar ahora el apartamento, y el nuevo auto, y las vacaciones, y los estiramientos y los tratamientos de la piel ya presupuestados y medio pagados...? ¿Habría siquiera la posibilidad de vacaciones, autos y estiramientos en el incierto futuro...? Y comenzó a rascarse de nuevo; al principio, con disimulo, luego...)

